

Lázaro y el escudero: la denuncia de una sociedad determinada por «la negra que llaman honra»

Lázaro and the Squire: A Critique of a Society Determined by Honor

Farah Dih

<https://orcid.org/0000-0002-1096-3586>

New York University

ESTADOS UNIDOS

fab319@nyu.edu

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 12.2, 2024, pp. 407-419]

Recibido: 15-01-2024 / Aceptado: 26-03-2024

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2024.12.02.23>

Resumen. El miedo a la sanción pública o a sentirse rechazado provoca en no pocas ocasiones una angustiada preocupación que, a menudo, resulta dolorosa. Este sentimiento, causado por lo que hoy en día entendemos como «vergüenza», no es otra cosa que el temor a perder el honor, a perder la reputación que uno tiene en sociedad. El honor y la vergüenza son dos valores morales recíprocos que representan la integración del individuo en un colectivo determinado. Pero ¿qué ocurre cuando todo pudor, toda vergüenza, desaparece? ¿Qué ocurre cuando queda prohibida la propia prohibición? La presión de la opinión pública y sus leyes no escritas en la España de la temprana Edad Moderna es uno de los temas centrales de la novela picaresca, en general, y del *Lazarillo*, en particular. El presente artículo examina la dualidad psicológica entre las figuras de Lázaro y el escudero en el «Tratado tercero» de esta obra, y evidencia su crítica a un mundo donde la opinión pública y la presión social actúan como laberintos complejos y opresivos, cuya única escapatoria es estar fuera del orden preestablecido.

Palabras clave. *Lazarillo*; escudero; vergüenza; honor; novela picaresca; opinión pública.

Abstract. The fear of rejection or the prospect of facing public disapproval often leads to distressing concerns that can be agonizing. This sentiment, also understood as "shame," is essentially the apprehension of losing one's honor and reputation within society. Honor and shame are reciprocal moral values that signify the

assimilation of an individual into a particular collective. But what happens when all modesty, all shame, disappears? What happens when prohibition itself is prohibited? The impact of public opinion and its unwritten rules in early modern Spain is a recurring theme in picaresque novels, and it is particularly evident in *Lazarillo*. This article explores the psychological duality between the characters of Lázaro and the squire in the third chapter of this work, showcasing their critique of a world where public opinion and societal pressures function as intricate and oppressive mazes. It demonstrates that the only means of escape from this confinement lies beyond the boundaries of the established order.

Keywords. *Lazarillo*; Square; Shame; Honor; Picaresque novel; Public opinion.

El tercer tratado de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (1554) es probablemente uno de los paradigmas por excelencia de los estragos que ocasionaba el miedo a la pérdida de la reputación en la sociedad española de la temprana Edad Moderna. Los primeros trazos de la narración nos sitúan en las calles de Toledo mendigando junto al desventurado niño vagabundo, en un inclemente mundo donde «la caridad se subió al cielo»¹. De nuevo, es un ser de la periferia, marginal, despreciable (como su padrastro, Zaide, las triperas o las mujercillas hilanderas) o absurdo (como lo es, en efecto, el hidalgo), quien le devuelve algo de fe en la humanidad. La aparición del escudero, «con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden»², reavivan las esperanzas del pícaro de llevarse algo a la boca. Sin embargo, pronto descubrimos que, a pesar de las apariencias, su situación económica no anda muy lejos de la del propio protagonista³.

Extrapolando el comportamiento irracional del hidalgo al resto de la sociedad, Lázaro exclama: «¡Oh Señor, y cuántos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirán!»⁴. Con esta reflexión, el autor anónimo del *Lazarillo* establece una contraposición entre la honra⁵ y el espíritu cristiano de aquellos que, como el desdichado hidalgo de este episodio, vagaban por la sociedad española de estos tiempos obsesionados con mantener las apariencias. En el presente artículo analizo la dicotomía entre los conceptos de honor y vergüenza en el «Tratado tercero» del *Laza-*

1. *Lazarillo de Tormes*, p. 43. Para un interesante estudio sobre la cuestión del hambre y la falta de empatía y caridad en la sociedad de este tiempo, ver Márquez Villanueva, 1979.

2. *Lazarillo de Tormes*, p. 43.

3. Conviene recordar que los hidalgos, por linaje, pertenecían al estamento más bajo de la nobleza española. Sin embargo, el término se ha usado en numerosas ocasiones como sinónimo de la nobleza en su conjunto, lo cual ha generado cierta confusión al respecto. Para más detalles sobre esta cuestión, ver Redondo Álamo, 1982.

4. *Lazarillo de Tormes*, p. 52.

5. Aunque a lo largo del siglo xx existió un ferviente debate sobre la aplicación de las nociones de honor y honra en la literatura de la primera modernidad española, parece que los estudios más recientes descartan que hubiera habido una clara distinción entre los dos conceptos en la época. En consecuencia, en este ensayo los trato como sinónimos. No obstante, para un interesante análisis sobre el tema, ver Lauer, 2014.

rillo, atendiendo a su personificación en las figuras de Lázaro y el escudero⁶. Más concretamente, examino la dimensión psicológica generada a partir de la dualidad entre un mundo regido por unos asfixiantes códigos de valor relacionados con el estatus social que se poseía (o se creía poseer), y otro en el que la vergüenza no tiene cabida, ya que no hay honor alguno que proteger. La experiencia de Lázaro con el escudero subraya la tiranía de los códigos de honor y su dependencia de la opinión pública, y ofrece una visión crítica y un contrapunto a una sociedad atravesada por un complejo obsesivo por las apariencias.

1. CRISIS ECONÓMICA, SOCIAL Y ONTOLÓGICA

Al igual que ocurrió en el resto de Europa, la España de Carlos I comenzó a salir progresivamente de la grave crisis económica y social que había padecido a lo largo de los siglos XIV y XV, con la peste negra y la escasez generalizada de alimentos⁷. Este nuevo periodo dio paso a un decisivo movimiento de la población del campo a las ciudades, con el fin de prestar servicio al creciente imperio español. De este modo, comenzó a articularse una nueva sociedad en expansión que, junto con fenómenos como la conquista de América y el surgimiento de la burguesía, sentó los cimientos de la futura era capitalista.

Pero lo que comenzó como un periodo de auge económico, pronto se vio asolado por una nueva ola de desequilibrios debido a las deudas del Estado y a las importaciones de oro y plata de América. Ello dio como resultado el encarecimiento desmesurado de los alimentos más básicos, al tiempo que el campesinado y las masas populares fueron sometidos a grandes impuestos. A todo esto se le sumó una grave crisis de valores que fue impulsada, en gran medida, por el establecimiento de la Inquisición y el triunfo cristiano de finales del siglo XV, con la culminación de la llamada «Reconquista»⁸. A este respecto, Américo observa que la alteración de los códigos de conducta sobre los que se había erigido el pueblo ibérico del medievo se debió esencialmente a las nociones de honra y opinión pública, y los relaciona con el surgimiento de un nuevo esquema social de «castas»⁹. Y, en efecto, los decretos de conversión forzosa promulgados por los Reyes Católicos y ejecutados por la Inquisición dieron validez legal al nuevo sistema de castas, que conllevaba que los nuevos cristianos —y sus descendientes— fueran estigmatizados como ciudadanos de segunda clase.

6. El término *escudero* es a menudo utilizado como un eufemismo para designar a un hidalgo.

7. Ver Kamen, 1984, y Domínguez Ortiz, 2001.

8. El concepto es controversial porque somos muchos los que consideramos que los avances cristianos sobre los territorios musulmanes no fueron «reconquistas», sino conquistas en toda regla. Sobre este tema habla en detalle González Ferrín en su *Historia general de al-Ándalus: Europa entre Oriente y Occidente* (2016).

9. El término *casta* es definido por Américo Castro en su *Realidad histórica de España* como sinónimo de la expresión «buen linaje», aplicada por igual a cristianos, judíos y musulmanes. Ver Castro, 1982, p. 31.

La medida más relevante llevada a cabo por la Inquisición española (creada en 1478 para identificar las conductas heterodoxas y reprimirlas) fue la conversión forzosa. Muchos judíos ya habían sido convertidos al cristianismo en los años siguientes a las matanzas de 1391, pero las conversiones en masa como alternativa a la expulsión no llegaron hasta 1492. A los musulmanes españoles, por otro lado, las medidas represivas de la Inquisición (al mando del Cardenal Cisneros) llevaron al alzamiento de los mudéjares del Albaicín de Granada en 1499, y al resto de rebeliones que le sucedieron entre 1499 y 1501. No será hasta 1502 cuando, utilizando estas revueltas como pretexto, se creó la Real Cédula, por la que se decretó el destierro inminente de todo aquel musulmán que se negara al bautismo.

Al mismo tiempo, los estatutos de limpieza de sangre se basaron en la discriminación sistemática de los conversos y en la idea de que únicamente los cristianos viejos podían poseer honra; pues esta era exclusiva de la nobleza familiar. En lo teórico, la pureza de sangre era condición intrínseca para poseer honra y formar parte de la casta privilegiada de la sociedad. En la práctica, sin embargo, hubo otras formas de que los conversos esquivaran la justicia y gozaran de los privilegios de los cristianos viejos¹⁰. Formar parte del grupo afortunado de manera demostrable, no obstante, tampoco garantizaba una honra permanente, pues esta podía tornar fácilmente en deshonor si no era «debidamente» cuidada. El miedo a perder la reputación se convirtió, entonces, en el motor principal de la vida de muchos, ya que, para el cristiano viejo, una vida sin honra ofrecía una larga lista de humillaciones, odios y sufrimientos.

Este fenómeno, que configuraba el carácter y la vida de los españoles de este tiempo, viene especialmente representado en la literatura. Uno de los mejores ejemplos de los efectos de esa obsesión por la honra en la literatura áurea española nos viene dado por el hidalgo del «Tratado tercero» del *Lazarillo*, a quien analizo con más detenimiento en el apartado «La vergüenza del deshonor».

En efecto, la conservación del honor (incluyendo el rechazo a verlo rebajado) estaba tan arraigada en la sociedad española de la primera modernidad que es uno de los denominadores comunes, y uno de los conceptos más explorados en la literatura de estos períodos. En lo que respecta a la picaresca, el hispanista Marcel Bataillon¹¹ afirmaba que la honra es el núcleo de todas las penas y alegrías del pícaro. Los códigos de valores impuestos por esta noción promovieron la asfixia y el conformismo social de aquellos individuos que se regían por el orden social, y liberó a aquellos privados de honra; los que ni siquiera entraban a figurar en el orden social, como es el caso de Lázaro. La sociedad que nos presentan estos relatos, por lo tanto, se encuentra regulada y homogeneizada por unas leyes consuetudinarias que se encargaban de la censura y la definición de las conductas consideradas ortodoxas.

10. Sobre la idea de que algunos conversos se las ingeniaron para hacerse pasar por cristianos viejos, ver Lee, 2016, pp. 99-145.

11. Ver Bataillon, 1969.

2. LÁZARO Y EL *PRIMUM VIVIRE*

Para aquellos condenados a pasar hambre y pobreza en la España de los siglos XVI y XVII, el honor era su posesión más preciada y una carga de la que pocos se podían deshacer. Marcel Bataillon llega a decir que, en la vida diaria de los españoles de este tiempo, la honra llegaba incluso a sustituir la idea de moral. La antítesis de este mundo regido por unos opresivos códigos de honor en el *Lazarillo* nos viene dada por el propio pícaro, Lázaro, quien, en su niñez, es incapaz de integrarse en la sociedad. Es un inadaptado social, una figura amoral, que no tiene vergüenza y cuya conducta se guía puramente por la supervivencia.

A este respecto, resulta útil el análisis psicoanalítico sobre el concepto de vergüenza que Lacan presenta en su última clase del Seminario 17 (1969-1970): *The Other Side of Psychoanalysis*¹². Lacan asegura que, a diferencia de lo que ocurría en épocas pasadas, hoy en día ya no existe la vergüenza. Para él, las personas han roto sus tarjetas de visita ante aquel Otro que los juzga (su S1, o «significante amo») y, con ello, han instaurado la idea del *primum vivere*, el vivir a toda costa sin preocuparse por su honor¹³. En este sentido, podemos decir que la vida del Lázaro niño se rige por unos patrones determinados precisamente por el *primum vivere*¹⁴. Es un individuo que representa un mundo condicionado por la supervivencia, donde no hay cabida para el honor, pues no existe reputación alguna de la que cuidar. Es un ser, al fin, para quien queda prohibida la propia prohibición.

En la tradición del tema del honor, el pícaro representa un nuevo tipo de sujeto, un sujeto que no se encuentra atado a ese código de valores definido por el honor. Podemos decir, entonces, que Lázaro es en cierto modo víctima de una sociedad que lo hace aceptar la humillación, que lo obliga a internalizar la angustia y a convertirse en la imagen misma de lo marginal y despreciable. Sin embargo, y como desarrollo en unas líneas, este también representará un tipo de sujeto que se encuentra más atado a la sociedad de lo que piensa, pues, de adulto, aprende a entablar ese vínculo social que produce la pérdida de la reputación. No hay que olvidar que la obra se trata, en realidad, de una amplia epístola que el narrador (el Lázaro adulto) escribe en primera persona dirigiéndose a un tal «Vuestra Merced», con el fin de que cesen las burlas y las murmuraciones que afirman que su mujer le es infiel con el arcipreste de la iglesia de San Salvador. El objetivo final del Lázaro adulto es, por tanto, recuperar la honra perdida. La transformación e integración de Lázaro en el discurso dominante viene dada, pues, por la llegada de la vergüenza y su afán por ser aceptado por la sociedad.

12. Lacan en Clemens y Grigg, 2006.

13. Para Jacques Alain Miller, esta visión pone en cuestionamiento la ética del psicoanálisis e, incluso, de la misma práctica psicoanalítica. En su artículo «On Shame», Miller se plantea una interesante pregunta: ¿qué ocurre cuando la civilización se inclina a hacer desaparecer la vergüenza? Ver Miller, 2006, p. 13.

14. Ver Lacan en Clemens y Grigg, 2006.

3. LA VERGÜENZA DEL DESHONOR

La opinión pública durante los siglos XVI y XVII figura como un ente omnipresente que vigila y juzga con severidad todos los actos relacionados con el honor. La presión social es ejecutada por todos los miembros de la sociedad; los cuales son, al mismo tiempo, víctimas de su honor y jueces del de los demás. De esta forma, la sociedad que nos presenta (o critica) la literatura picaresca se encuentra regulada y homogeneizada por unas leyes no escritas que se encargaban de la censura y la definición de las conductas consideradas apropiadas. En el *Lazarillo*, el arquetipo más claro del miedo a sentir vergüenza, a perder la reputación social, es el ya mencionado escudero sin nombre del «Tratado tercero», con el que Lázaro se topa a su llegada a Toledo.

El infeliz hidalgo de Castilla la Vieja sigue un estricto cumplimiento de los deberes del honor: velar por el reconocimiento de su estatus social, poseer un comportamiento virtuoso, y mantener siempre las formas; condiciones esenciales para seguir formando parte de la sociedad sin perder su rango nobiliario. La presión de la opinión pública y sus leyes no escritas se encuentran enteramente interiorizadas por el hidalgo. De ahí que lo veamos someterse sin consideraciones a esos códigos de conducta que le sentencian a la más miserable de las vidas. Una vez más, vuelve a ser útil la visión lacaniana cuando presenta como paradigma de lo que es morir por vergüenza a François Vatel, el mayordomo del príncipe de Condé, subrayando el hecho de que un criado puede ser capaz de dar su vida por el honor¹⁵. Con ello, nos da a entender que el honor hace que la vida sea algo más que lo que tenemos delante. Que no se trata del *primum vivere*, sino de que se vive para algo más allá del plano terrenal, y que se encuentra estrechamente relacionado con la muerte. A pesar de que el hidalgo no muere literalmente de vergüenza, como sí lo hace Vatel, al ver descubierta su vergüenza desaparece de la faz de la tierra, dejando lo poco que tenía detrás.

En el escudero existe una clara temporalidad psicológica: la discrepancia entre el rango que cree tener en la sociedad y el que posee realmente. Su honra, recibida como herencia familiar, debe ser guardada públicamente por temor a la muerte social que conllevaba la deshonra. Esto le hace ser incapaz de reconocer ante su criado —y ante los demás— su miseria económica. Mantener las apariencias públicamente como hidalgo de bien (aunque se encontrara completamente arruinado) es, pues, el motor principal de su vida. Y así lo vemos completamente entregado a las apariencias, tratando de mantener intacto su honor tanto en la vida pública como en la privada, y arrastrando su orgullo escuderial por las calles de Toledo. El parecer, el aparentar, acaba siendo incluso más importante que el ser. No es de extrañar, por tanto, que la primera vez que Lázaro lo ve, dé por hecho que su nuevo amo es «una persona de bien», una persona a quien no le faltaba de comer:

15. Ver Lacan en Miller, 2006, pp. 16-18.

Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester¹⁶.

Pero pronto descubre su miserable existencia cuando, llegando a su muy humilde morada, este la describe y califica de «encantada»: «Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada»¹⁷. Algunos críticos han interpretado esta idea como una alusión a la propia figura del hidalgo, y la han asociado al encantamiento de Don Quijote en la primera parte de la novela cervantina. Afirman, a este respecto, que se trata de personajes que viven «encantados», fuera del orden natural de las cosas, en un mundo de fantasía paralelo a la vida real y tangible que tienen delante¹⁸. Si bien esta hipótesis es válida, no queda claro hasta qué punto puede ser demostrable. Al contrario que en el primer *Quijote*, donde el escapismo resulta evidente, el escudero parece ser perfectamente consciente de su propio estado económico y de las implicaciones que supondría el hecho de perder las apariencias nobiliarias (su último recurso para conservar su honra y, en consecuencia, su estatus social). De lo contrario, no se hallaría en Toledo huyendo de la justicia, ni se daría de nuevo a la fuga por no tener con qué pagar el alquiler; como se verá más adelante.

Lo que sí queda claro es que la conducta del escudero gira en torno a la disparidad entre el honor y el hambre. Lo vemos negarse a admitir de forma abierta su evidente pobreza y, para desgracia del pícaro, su amo considera virtuoso —y no como efecto de su miseria— el estricto ayuno que mantiene. Así, lo vemos insistir en la idea de que «no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco»¹⁹ y, con el orgullo bien alto, marcha «calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente del conde Arcos, o al menos camarero que le daba de vestir»²⁰. En su reflexión, Lázaro extrapola el irracional comportamiento de su señor al resto de la sociedad y añade:

¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechara. ¡Oh Señor, y cuántos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían!²¹.

16. *Lazarillo de Tormes*, p. 44.

17. *Lazarillo de Tormes*, p. 47.

18. Para Américo Castro, el escudero del *Lazarillo* es un claro precedente de don Quijote. Ver Castro, 1972.

19. *Lazarillo de Tormes*, p. 50.

20. *Lazarillo de Tormes*, p. 51.

21. *Lazarillo de Tormes*, p. 52.

Lo absurdo de la conducta del amo en torno a la contraposición entre honor y hambre está aún más enfatizada en la escena en la que Lazarillo lo ve escarbándose los dientes con una paja, para fingir que acababa de comer:

¡Y velle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su negra, que dicen honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían²².

Parece ser que la treta de exhibirse en público con un palillo para aparentar haber comido creó tendencia tras el *Lazarillo*, y esta escena en concreto tuvo numerosos guiños en la literatura española del periodo. El más popular, quizá, es el que aparece como reflexión de Cide Hamete Benengeli en la segunda parte del *Quijote* (en el capítulo XLIII): «Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos»²³.

Por otro lado, no es menos ilustradora aquella otra instancia en la que, viendo a su mozo comer un trozo de pan y una pequeña uña de vaca, el escudero exclame: «Dígotte, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre y que nadie te lo verá hacer que no le pongas»²⁴. El pícaro, que se daba cuenta del pie del que cojeaba su señor, piensa: «La muy buena que tú tienes —dije yo entre mí— te hace parecer la mía hermosa»²⁵. Lo irónico de esta escena es que sea el criado quien, por medio de lo mendigado, acabe no solo alimentando a su amo, sino haciéndolo con la suficiente discreción para no atacar su sensibilidad, su honor: «Señor: el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor [...]. Pruebe, señor, y verá qué tal está»²⁶.

En este sentido, también sobresale la escena en la que Lázaro, disimulando su mala ventura y sus muchas ganas de comer, le asegura a su amo que él no es de comer mucho, como bien lo podían asegurar sus anteriores amos. A lo que, contra todo pronóstico, el otro le responde: «Virtud es ésa [...], y por eso te querré yo más, porque el hartar es de puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien»²⁷. El «comer regladamente» supondrá para el desafortunado pícaro pasar la más verdadera de las hambres, y mendigar a diario por las calles de Toledo para sustentarse a sí mismo y al desventurado escudero.

22. *Lazarillo de Tormes*, p. 58.

23. Cervantes, *Quijote*, p. 1076.

24. *Lazarillo de Tormes*, p. 55.

25. *Lazarillo de Tormes*, p. 55.

26. *Lazarillo de Tormes*, p. 55.

27. *Lazarillo de Tormes*, p. 47.

Con todo ello, no resulta extraña la ingenua actitud que manifiesta Lázaro cuando, oyendo a los vecinos hablar de llevar a un muerto a «la casa triste y desdichada, la casa lóbrega y oscura, la casa donde nunca comen ni beben»²⁸, dé por hecho que se trataba —sin duda alguna— de la casa de su amo.

Lo cierto es que, a pesar de su miserable existencia, el escudero será el único amo que despertará la compasión de Lázaro:

Éste [...] es pobre y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego, y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste de haber mancilla²⁹.

Después de todo, el hidalgo es uno de los pocos seres amables que Lázaro va a encontrar en su adversa trayectoria vital: es con quien comparte la tarea de hacer la cama; es a quien escucha y con quien se siente escuchado; y es, en fin, de quien no oye queja o palabra mala alguna, ni siquiera cuando vuelve tarde de traer agua del río.

La lástima que el protagonista del *Lazarillo* siente hacia la «enfermedad» de su amo marca un punto de inflexión en su vida, y lo acompañará siempre. Así lo describe el propio Lázaro adulto: «Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros por lo que he dicho»³⁰. Lázaro solo habría cambiado un elemento del pobre hidalgo y, paradójicamente, no era su pobreza:

Sólo tenía dél un poco de descontento. Que quisiera yo que no tuviera tanta presunción; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla a entre ellos usada y guardada. Aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El señor lo remedie que ya con este mal han de morir³¹.

La actitud del escudero, sin embargo, responde a un comportamiento real de la sociedad de su tiempo. La presión de la opinión pública y sus leyes no escritas se encontraban enteramente interiorizadas por este. Su *hidalguía*, recibida como herencia familiar, debía ser cuidada públicamente por la muerte social que conllevaría perder su honra. De ahí que lo veamos someterse sin consideraciones a esos códigos de conducta que lo sentencian a la más miserable de las vidas.

28. *Lazarillo de Tormes*, p. 60.

29. *Lazarillo de Tormes*, p. 57.

30. *Lazarillo de Tormes*, p. 57.

31. *Lazarillo de Tormes*, p. 57.

En este sentido, y teniendo en cuenta que lo que más contaba para legitimar el estatus social de un hidalgo en la época era su reputación (su imagen pública)³², no es de extrañar que el personaje, arruinado como estaba, decida huir de su ciudad natal (Valladolid) a Toledo. De haber permanecido en Valladolid, habría perdido su estado de hidalguía y se le habría empadronado como pechero (obligado a pagar impuestos).

La persecución de la justicia es, pues, lo que desarticula la vida del desdichado escudero de Castilla la Vieja y lo lanza a una vida de apariencias y fingimientos. Se puede decir que su conducta se alinea con lo que Christina H. Lee denomina «a passer»³³: un individuo que se las ingenia para burlar a la justicia y conseguir, de un modo u otro, evitar las represalias que se pudieran llevar a cabo en su contra. En este caso: pagar impuestos y ver rebajado su estatus de hidalgo a pechero. Esto no solo lo vemos reflejado en la huida del personaje de Valladolid, sino también en su repentina fuga de Toledo, cuando abandona al mozo a su suerte por no tener con qué pagar el alquiler de la «lúgubre casa».

A Toledo había llegado pensando que encontraría un «buen asiento»³⁴, pero la suerte no lo acompañaba. Como escudero, no le estaba permitido llevar a cabo ejercicios manuales (si quería mantener su rango). Y por no tener fortuna heredada ni formación de letrado ni clérigo, no le quedaba otra que entrar al servicio de alguien de mayor categoría. Pero su orgullo, una vez instalado en Toledo, lo había obligado a rechazar a todos los que consideraba de «media talla»:

Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo, que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan, mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla y, si no, «Andá con Dios» os dicen. Y las más veces los pagamentos a largos plazos, y las más, y las más ciertas, comido por servido³⁵.

En lo referente a la representación de los hidalgos en la literatura, Lee observa:

A forceful trend we observe in representations of *hidalgos* is the focus on the social insecurity they experienced about their status. This social anxiety might be interpreted as the contradiction that is born from the nobleman's desire to state his superiority to the masses and prevent the low-born from joining his rank, while also recognising his dependence on the commoner to validate his status. We see the *hidalgo* fearful of having his identity usurped, but needing the threat of usurpation to be there, in order to sustain the illusion of his superior self³⁶.

32. Para un estudio más detallado sobre esta idea, ver Lee, 2016, pp. 21-89.

33. Ver Lee, 2016.

34. *Lazarillo de Tormes*, p. 64.

35. *Lazarillo de Tormes*, p. 64.

36. Lee, 2016, p. 39.

En efecto, la idea de «la inseguridad social» basada en el estatus que un hidalgo tenía en la sociedad no puede adecuarse mejor a nuestro personaje. La doble ansiedad creada por esa falta de seguridad también es palpable en el trazo con el que se ha perfilado a nuestro escudero.

Por un lado, observamos esa ansiedad de querer mostrarse por encima de las masas y de aquellos que él considera por debajo de su rango. Así lo podemos ver en el texto cuando Lázaro, ajeno al sistema de valores por el que se rige la conducta de su amo, le pregunta: «¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro —dije yo— decirle que le mantenga Dios?»³⁷. A lo que el otro, indignado, le responde que se equivoca si piensa que, a él, como hidalgo de bien, se le puede saludar como a cualquier otra persona: «A los hombres [...] más altos, como yo, no les han de hablar menos de «beso las manos de Vuestra Merced», o por lo menos «bésoos, señor las manos», si el que me habla es caballero»³⁸. Pero qué se puede esperar de un «mochacho» que nada entiende de las cosas que atañen a la honra:

Eres mochacho [...] y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber que yo soy, como vees, un escudero, mas vótote a Dios, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete [...]. Que un hidalgo no debe a toro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona³⁹.

Acerca de esta idea, Francisco Rico nos dice que los tratamientos de cortesía en la época del *Lazarillo* habían cambiado, y que las conductas de presunción y vanagloria de quienes, como el hidalgo, demandaban que se les saludase con las nuevas fórmulas de Corte, estaban muy censuradas⁴⁰. Al mismo tiempo, el deseo del personaje de manifestar su superioridad sobre las masas se contrapone a su esfuerzo por sentirse validado y reconocido como hidalgo por las mismas. De ahí se traduce todo su comportamiento en público: desde dejarse ver con un palillo entre los dientes, hasta caminar por las calles de Toledo presumiendo orgullosamente de su porte escuderil.

Por otro lado, también existe la posibilidad de interpretar el texto en línea con la idea de que, en la literatura, los hidalgos tenían una tendencia a prevenir que los conversos pudieran acceder a su mismo rango. Aunque no veo una manifestación explícita de esta idea en este episodio, sí se podría interpretar la insistencia del escudero en la limpieza y en la pulcritud como una posible obsesión con la limpieza de sangre. Ya en las primeras líneas del relato lo vemos quitar «sobre sí su capa, y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y, muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él»⁴¹. Esta interpretación, sin embargo, es solo una de las muchas que se pueden hacer, ya que el tema de la

37. *Lazarillo de Tormes*, p. 63.

38. *Lazarillo de Tormes*, p. 63.

39. *Lazarillo de Tormes*, p. 62.

40. Rico, en su edición de *Lazarillo de Tormes*, 2011, p. 65.

41. *Lazarillo de Tormes*, p. 44.

limpieza de sangre, en concreto, parece estar en un segundo plano en la narración. Después de todo, el estatus de cristiano viejo no ampara a nuestro personaje de poder perder su estatus de hidalgo.

En la misma línea, son interesantes las observaciones que realiza Lee en torno a la concepción de nobleza (abstracta, basada en el linaje) y el proceso real por el que el estatus de noble se adquiría o, en el caso del escudero, se mantenía:

A consideration of the prevailing ideology of nobility and the actual processes by which nobility was attained or maintained is conducive to a better appreciation of the chasm that existed between the two and of the general anxiety that the awareness of this chasm provoked among the lesser nobility⁴².

Y, en efecto, en el hidalgo existe un abismo entre el rango que cree poseer en la sociedad y el que posee realmente. El pertenecer a la nobleza, como con acierto observa Lee, tenía más que ver con la riqueza, con los contactos que se tenían y con lo convincente que resultaran las formas que un hidalgo —o el supuesto hidalgo— tenía en público, que con su herencia familiar o linaje; como bien podemos comprobar en este episodio del *Lazarillo*⁴³.

4. CONSIDERACIONES FINALES

La desgracia del gentil y bondadoso escudero se opone a la triunfante crueldad del «avariento ciego» o del «malaventurado mezquino clérigo», quienes representarán la personificación de la maldad humana para Lázaro. El sistema de valores que nos presenta el autor anónimo del *Lazarillo* estaba basado en una sociedad donde la opinión pública y la presión social llegaban a ser laberintos complejos y opresivos, cuya única salida era estar fuera del orden preestablecido.

La transformación e integración del Lázaro adulto en el discurso dominante es susceptible, sin embargo, de una interpretación basada en la idea de que la honra formaba parte inherente del orden social. El pregonero, al que no le queda otra que soportar el deshonor conyugal, ya no es aquel mozuelo que no siente «las cosas de la honra». Así, Lázaro sale graduado en cinismo y apariencias cuando su amo lo abandona a su suerte. En este sentido, cabe traer a colación la estrecha relación que existe entre esta idea y la noción de «escapismo» que Emmanuel Levinas desarrolla en *On escape*⁴⁴. Levinas nos diría que el «yo» del Lázaro adulto ha desarrollado una relación patológica con el objeto (la honra), pues solo así puede estar integrado en la sociedad. El ser, para él, no asciende ni trasciende, sino que «exciende», sale de sí mismo. Y esto es precisamente lo que ocurre con Lázaro al final de la obra, y lo que observamos en la conducta del escudero en todo momento. La única salida que halla el pícaro para poder sobrevivir en una sociedad consumida por las reglas del honor es convertirse en otra persona; una persona que ha salido de su ser original.

42. Lee, 2016, p. 25.

43. Lee, 2016, p. 24.

44. Ver Levinas, 2003.

El sistema de valores por el que se rige el Lázaro adulto y el escudero no es sino el reflejo de una sociedad que no aceptaba en realidad otros valores que los de la riqueza y las apariencias. El episodio de la pareja escudero-mozo representa, en última instancia, el empeño del autor anónimo en mostrar que los fundamentos de virtud y honradez social sobre los que se basaba el cristianismo español de su tiempo eran traicionados por los mismos que estaban a cargo de su cuidado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bataillon, Marcel, *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1969.
- Castro, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer, 1972.
- Castro, Américo, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1982.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico [et al.], Madrid, Real Academia Española, 2015, 2 vols.
- Clemens, Justin, y Russell Grigg, *Jacques Lacan and the Other Side of Psychoanalysis: Reflections on Seminar XVII*, Durham, Duke University Press, 2006.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *España, tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- González Ferrín, Emilio, *Historia general de al-Ándalus: Europa entre Oriente y Occidente*, Córdoba, Almuzara, 2016.
- Kamen, Henry, *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Lauer, A. Robert, «Honor/Honra Revisited», en *A Companion to Early Modern Hispanic Theater*, Leiden, Brill, 2014, pp. 77-90.
- Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- Lee, Christina H., *The Anxiety of Sameness in Early Modern Spain*, Manchester, Manchester University Press, 2016.
- Levinas, Emmanuel, *On escape*, Palo Alto, Stanford University Press, 2003.
- Márquez Villanueva, Francisco, «Crítica social y crítica religiosa en el *Lazarillo*: la denuncia de un mundo sin caridad», en *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 374-376.
- Miller, Jacques-Alain, «On Shame», en *Jacques Lacan and the Other Side of Psychoanalysis: Reflections on Seminar XVII*, ed. Justin Clemens y Russell Grigg, Durham, Duke University Press, 2006, pp. 11-28.
- Redondo Álamo, María Ángeles, «La figura del hidalgo en la sociedad española», *Revista de Folklore*, 17, 1982, pp. 152-160.